

El adolescente sensible en «El principio del placer», de José Emilio Pacheco

ANA CHOUCIÑO FERNÁNDEZ

Como se sabe, la corriente empirista, nacida en Inglaterra en el siglo XVII, sostenía que la experiencia del individuo era la base de todo conocimiento. Su idea de la percepción se basaba en la observación *por los sentidos* de las cosas, tanto de las externas —los llamados objetos sensibles— como de las internas —las actividades de la mente humana—. Más tarde, en el siglo XVIII, Locke formula su teoría del sensualismo según la cual el hombre capta el mundo exterior gracias a un mecanismo “sensorial o sensual”. A partir de estas formulaciones, las palabras “sensible”, y “sensibilidad”, pronto convertidas en términos de uso frecuente, se utilizaron para designar la susceptibilidad física pronta a las lágrimas, característica de aquellos individuos capaces de ser conmovidos por algo bello, ya sea la música, un paisaje o una escena tierna. Vinculando la sensibilidad al concepto de verdad, Kant tuvo mucho que ver en la importancia que la cualidad de “sensible” adquiere en el siglo XVIII, de modo singular en la formación y educación de las personas. Así, estos temas, —la sensibilidad, que exalta los verdaderos sentimientos frente a la hipocresía; y la formación del individuo— se trasladan a la literatura para dar lugar a una serie de novelas en las que se trata la educación sentimental de un personaje, generalmente un adolescente. La importancia de la sensibilidad queda de manifiesto en la transformación que Bernardin de Saint Pierre hizo de la célebre máxima de Descartes: “siento, luego existo”. Fue un absoluto y rotundo rechazo al racionalismo por parte de uno de los autores que más eco habría de encontrar en el Romanticismo hispanoamericano.

La complicada madeja de la terminología de los sentidos y los sentimientos adquiere mucha relevancia en el análisis de una serie de novelas románticas hispanoamericanas que en el contexto en que fueron escritas —los años del liberalismo posteriores a la independencia— suponían una contracorriente al modelo de protagonista masculino de los romances fundacionales, un personaje de carácter fuerte y decidido. En efecto, las novelas a las que me refiero tienen por protagonistas a tipos sensibles, de inclinaciones artísticas, pero llenos de ambigüedades, indecisiones y contradicciones. Personajes que manifestaban, en definitiva, una clara inadecuación a su contexto y cuya formación no se correspondía con las demandas de la conflictiva situación de sus países en el momento en que fueron escritas.

De todos esos narradores, seguramente fue Efraín el más complejo y ambiguo, aquel adolescente sensible que cazaba tigres en público, mientras que en privado escribía ver-

nos y leía a Chateaubriand. Tanto como la tragedia de amor que vive, impresiona su callada voluntad de ser escritor —y no médico, como desea su padre—. Un padre al que tiene que ocultar que escribe versos, porque en ese cambiante e inestable mundo, a caballo entre el viejo orden colonial y la época moderna, se impone para el joven la necesidad de dar una imagen viril y fuerte que garantice la continuidad del sistema patriarcal que ha dominado en la hacienda.

Sin duda, la personalidad de Efraín debió de resultar la fórmula más adecuada que encontraron muchos escritores hispanoamericanos para representar la nostalgia de la elitista clase criolla por el antiguo orden, así como su resistencia al advenimiento de los cambios sociales y políticos que la despojaría de sus privilegios, entre los cuales los intelectuales y artísticos no eran los de menor importancia. Únicamente la élite tenía acceso a la educación —no hay más que recordar la nutrida biblioteca de Efraín (abundante en clásicos españoles y franceses) quien, además, estudia en Bogotá y posteriormente en Europa—. Y así, hallamos el perfil de Efraín repetido, aunque con variantes significativas, en muchas novelas hispanoamericanas, especialmente en México, donde la novela de Jorge Isaacs fue acogida con tal fervor de la que para 1889 se habían realizado allí catorce ediciones, más de la mitad de las que se habían hecho en todo el Continente.

Rafael Delgado, publica en 1890 su segunda novela, *Angelina*, en la que todo, excepto su protagonista Rodolfo —incurable romántico que lee a Lamartine— responde a la estética realista. *María y Angelina* son novelas de educación sentimental en las cuales sus protagonistas masculinos se afanan en amores juveniles pero también en lecturas que les abran el camino a la carrera literaria. La conocida novela de Flaubert, *La educación sentimental*, publicada en 1869, fue sin duda un referente para Delgado, pero sobre todo, debió ser un índice de la recurrencia con que el tema de la formación del artista aparece en la modernidad. No puede ser una simple casualidad que el mismo año en que se publica *El niño que enloqueció de amor*, la bella historia en forma de diario de un niño hipersensible compuesta por Eduardo Barrios vea también la luz, a miles de kilómetros, *El retrato del artista adolescente* de James Joyce¹.

Volviendo a México, en 1929 aparece una nueva *Educación sentimental*, la de Jaime Torres Bodet, que reconoce explícitamente, desde el mismo prólogo, su deuda con su antecesora francesa. La de Torres Bodet es la historia de un joven de clase alta que admira a su compañero de colegio, Alejandro, al cual no puede evitar imitar en casi todo, hecho que le incapacita para desarrollar su originalidad artística. El contexto familiar de Alejandro es un misterio para el narrador hasta que en la escena final descubre, por fin, que su amigo vive en un barrio miserable y que su madre —esto último sólo se insinúa— ejerce la prostitución. La visión de la sórdida casa y de la madre del admirado Alejandro, sentada en las rodillas de un hombre “espeso, callado, de sólidos zapatos de trabajador” produce en el narrador un extraño efecto de liberación. El descubrimiento del humildísimo origen del amigo permite que el narrador se sienta definitivamente desvinculado del que le impedía hasta entonces tener una personalidad propia. Las siguientes son unas líneas del párrafo final, momento en el que el narrador, libre ya del admirado modelo, parece aguzar su propia capacidad sensorial:

¹ En ambos casos, se trató de la primera novela de sus respectivos autores y aparecieron en 1916.

En la calle, de regreso a mi casa, quise examinar los motivos de la alegría, violentamente física, que me estaba aturdiendo. ¡Era un júbilo de *esencias* tan inexplicables! (...) Caminaba de prisa, bajo las *luces* de aquellas calles que me habían aproximado ya a la Alameda. El *ruido* de mis pasos, en el cemento, me daba una extraordinaria *impresión* de agilidad. Después de la lluvia, la noche había quedado tan limpia que se podía *tocar*, en el viento, la forma y la profundidad exacta de los *perfumes*.²

Creo que la cita ilustra el modo en que la consciencia de llegar a conocer algo agudiza la percepción de los sentidos e intensifica los síntomas de la sensibilidad.

Sin duda, es un largo rodeo el que he dado para llegar al tema que anuncia el título de mi comunicación, pero he creído necesario establecer algunos hitos de una genealogía —que no se agota en los títulos mencionados— del tema de la educación sentimental, porque únicamente desde una panorámica histórica se puede valorar no sólo el interés de cada nueva aportación, sino también el alcance que el género ha tenido en Hispanoamérica. Y si hemos elegido el relato “El principio del placer” de José Emilio Pacheco ha sido para ilustrar precisamente el salto cualitativo que se produce en este tipo de narraciones después de la década de los sesenta.

Publicado en 1972, en la misma colección que da título a este relato, “El principio del placer”, narra, en forma de diario, la decepcionante entrada a la vida adulta del joven Jorge, el hijo de un general de la Revolución mexicana que vive su primera experiencia amorosa con Ana Luisa, muchacha de inferior clase social y dudosa reputación. A pesar de la oposición de la familia, Jorge continúa su relación ayudado por el chofer de su padre, quien actúa como una especie de maestro iniciático. Durán lo acompaña a los paseos con Ana Luisa, al cine y a las peleas de lucha libre, las actividades favoritas de Jorge. La actuación misteriosa de Ana Luisa, que se ausenta de Veracruz con frecuencia, levanta sus sospechas, pero el amor está por encima de todo y la relación se mantiene por medio de cartas que Jorge transcribe en su diario, con las faltas de ortografía de Ana Luisa incluidas. Finalmente, Jorge sufre una doble desilusión que abre sus ojos a la cruda hipocresía del mundo adulto: descubre por casualidad y casi al mismo tiempo que su héroe finge en la lucha libre y que Ana Luisa es novia de Durán.

El relato se inscribe, pues, en el género de educaciones sentimentales y, de hecho, el protagonista mantiene muchos de los rasgos de sus predecesores. En primer lugar, Jorge escribe un diario que, junto con memorias y cartas —todas ellas formas que invitan a revivir la historia mediante la lectura— han constituido el registro escrito de muchas de las narraciones de educación sentimental. Si Efraín escondía su habilidad de poeta por ofrecer una inequívoca imagen de virilidad, Jorge también oculta su diario a la familia porque considera que llevar un diario es asunto de mujeres: “De esto a los sobrecitos perfumados sólo hay un paso, y qué risa les daría a los de la escuela enterarse de que yo también voy a andar con estas mariconadas”³. Sin embargo, se decide a empezarlo pues reconoce que “un diario enseña a pensar claramente porque redactando ordenamos las cosas y con el

2 Jaime Torres Bodet, *La educación sentimental*, Madrid, Espasa-Calpe, s. f, pág.154. La cursiva es mía.

3 José Emilio Pacheco, *El principio del placer*, México, Joaquín Mortiz, 1992, pág.12.

tiempo se vuelve muy interesante ver cómo era uno, qué hacía, qué opinaba, cuánto ha cambiado”⁴. El diario llega a constituir para Jorge algo vital, una prueba de existencia, porque está convencido de que “si dejo de escribir, no quedará nada de lo que está pasando”⁵.

En segundo lugar, las lecturas juegan un importante papel en la formación de un joven que, como Jorge, apunta cualidades artísticas. Según afirma Ottmar Ette “el estudio de las alusiones, citas y demás referencias a obras o autores que aparecen en un texto configuran una clave de interpretación para el lector”⁶. Reparar en las lecturas de Jorge es, por tanto, fundamental, ya que además de indicarnos preferencias literarias, actúan como eco de los propios sentimientos del protagonista en momentos clave de su aventura iniciática.

Las aptitudes escolares de Jorge dicen mucho sobre su predilección por las letras y su vocación lectora:

Por cierto, me puso diez en mi composición sobre el árbol e hizo que publicaran en el periódico de la secundaria unos versos que escribí para el día de la madre. En composiciones y dictados nadie me gana; cometo errores pero tengo mejor ortografía y puntuación que los demás. También soy bueno para historia, civismo e inglés y, en cambio, una bestia en física, matemáticas y dibujo. Creo que en mi salón no hay otro que se haya leído completo —bueno, casi completo— *El tesoro de la juventud* así como todo Salgari, y muchas novelas de Dumas y Julio Verne⁷.

Sus lecturas son, pues, los clásicos juveniles, y le interesa destacar que él es mejor lector que sus compañeros de aula y que, además, compone versos. Son los rasgos de la sensibilidad artística precoz y no muy lejanos del modelo romántico que veía en el artista un ser con una capacidad especial para percibir el mundo externo y transmutarlo en arte.

Hay que resaltar el contexto histórico-social en que se desarrollan los hechos de “El principio del placer” puesto que marcan definitivamente las diferencias con las obras anteriores. Aunque no se dan fechas precisas, se trata del México en la etapa del desarrollismo, entre las décadas los cincuenta y los sesenta, pues Jorge inicia el relato haciendo referencia a la llegada de la televisión: “Me acuerdo de la primera vez. Pusieron un televisor en Regalos Nieto y en la esquina de Juárez y Letrán había tumultos para ver las figuritas”⁸. Este dato tiene su importancia puesto que explica el ambiente cultural en el que crecen el protagonista y los hijos de aquellos que ascendieron de nivel social merced al triunfo de la Revolución. La cultura de masas —el cine, la radio, la televisión—, entra a formar parte cotidiana de las vidas de los jóvenes y se convierte en barómetro de gustos

4 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 12.

5 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 22.

6 Ottmar Ette, “Cecilia Valdés y Lucía Jerez: transformaciones del espacio literario en dos novelas cubanas del siglo XIX”, en Daniel Balderston (ed.), *The historical novel in Latin America*, Gaithersburg, Ediciones Hispamérica y Tulane University, 1986, pág. 85.

7 José Emilio Pacheco, *Op. cit.*, pág. 12.

8 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 11.

e intereses estéticos. Y constituye, claro está, un indicativo de clase social. Así, mientras Jorge aprecia las buenas películas de cine, Ana Luisa es consumidora de la más asequible cultura popular, como el famoso *Cancionero Picot* que recoge las letras de las canciones populares mexicanas desde 1925:

Es muy inteligente pero como sólo llegó a cuarto de primaria no lee más que historietas, se sabe de memoria el *Cancionero Picot*, oye las novelas del radio y le encantan las películas Pedro Infante y Libertad Lamarque. Me he reído un poquito de sus gustos y creo que hago mal, pues qué culpa tiene ella si no le han enseñado otra cosa (...) A mí Ana Luisa me contó su versión de *Quo Vadis* y es como para ponerse a llorar⁹.

Por otra parte, las cartas, frecuente fórmula narrativa en gran parte de la novelística de los siglos XVIII y XIX tuvieron una importancia de primer orden para la novela sentimental. Tratándose de la narración de una primera experiencia amorosa, también adquieren relevancia en “El principio del placer”, pero si en el siglo XIX, la carta servía para expresar toda la sensibilidad y los verdaderos sentimientos de su autor, en la época de la cultura de masas el lenguaje epistolar se ha convertido en un código falso, que responde únicamente a fórmulas manidas y vacías. Ana Luisa ha asumido los modos y lenguaje de los seriales radiofónicos y los imita la hora de comunicarse con Jorge: “Ana Luisa le dejó un sobrecito de color de rosa a Candelaria: Jorge siempre e sido sinsera contigo y te e querido mucho nunca sabrás cuanto de veras, me sera muy dificil olvidarte ojalá no sufras como yo estoy sufriendo y te olvides pronto de mí”¹⁰.

Pero si los elementos hasta aquí examinados acercan “El principio del placer” a un retrato de artista adolescente, no explican el aprendizaje y entrada a la vida adulta que experimenta este joven sensible. A pesar de sus pocos años, Jorge se percauta muy bien de la situación del país e incluso denuncia la corrupción de la élite social de la que él mismo forma parte:

Vino Yolanda a despedirse de mis hermanas porque se va a estudiar a Suiza. También a Gilberto lo mandan de interno a una academia militarizada de Illinois. Su padre se hizo millonario en el régimen que está por acabar. A muchos que conocemos les pasó lo mismo. Si en México la mayoría de la gente es tan pobre ¿de dónde sacarán, cómo le harán algunos para robar en tales cantidades?¹¹

Por un lado, el protagonista comienza a extrañarse de actitudes, comportamientos y palabras de Ana Luisa, cinco años mayor que él, y a quien encuentra misteriosa. Por otro, aunque Durán se muestra falsamente paternalista y se burla de él, Jorge se da perfecta cuenta de su hipocresía. Así, al mismo tiempo que goza los primeros placeres sexuales, Jorge va desprendiéndose de su ingenuidad inicial hasta presenciar, casi simultáneamente y por casualidad, dos escenas que finalmente le abren los ojos y lo deciden a poner fin a su diario: los héroes de lucha libre que admiraba fingen las peleas por dar espectáculo

9 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 38.

10 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 49.

11 J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 55.

y Ana Luisa mantiene una relación con Durán. Como irónico eco literario, en ese mismo momento, Jorge está leyendo *La hora veinticinco* de Constantin Gheorghiu, obra que denuncia la deshumanización del mundo moderno y la tesis de que en la guerra no hay buenos. Tras haberse topado de frente con la cruel realidad del mundo adulto que, prodigiosamente, la literatura le ayuda a entender, Jorge, incapaz de asimilar lo que ha visto, parece tener mermada momentáneamente su aguda capacidad sensible: “Lo de hoy me pareció tan increíble que siento como una especie de anestesia y veo las cosas como si estuvieran detrás de un vidrio”¹².

La iniciación a la vida que narra Jorge, no es otra cosa que una búsqueda de sí mismo en el seno de un mundo que no entiende, de una sociedad corrupta y con enormes desniveles sociales y culturales, donde las primeras señas de identidad le van llegando por medio del trato que le dan los que lo rodean, y a través de lecturas y películas. La búsqueda de identidad constituye, como es sabido, un asunto recurrente en la narrativa hispanoamericana por lo que no sorprende que esa búsqueda dé lugar a numerosas narraciones de infancia y adolescencia, etapas clave en la definición de la identidad: a parte de los títulos que ya se mencionaron, *Las batallas en el desierto* del mismo Pacheco, *Los ríos profundos*, *Un mundo para Julius*, y un largo etcétera avalan la riqueza del género.

Después de la desilusión tremenda que sufre Jorge, la única esperanza que conserva es que su diario le sirva en el futuro para poder recordar y reírse de su desventura. Tal vez el protagonista intuye que es justo ahí, con la lectura del diario muchos años después, donde dará comienzo el verdadero principio del placer, el autorreconocimiento en la propia escritura:

Me vine a pie hasta la casa, con ganas de llorar pero aguantándome, con ganas de mandarlo todo a la chingada, y dispuesto a escribirlo y guardarlo para después, a ver si un día me llega a parecer cómico lo que ahora es tan trágico... Pero quién sabe. Si, en opinión de mi mamá, ésta que vivo es la etapa más feliz de mi vida, cómo estarán las otras, carajo¹³.

¹² J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 62.

¹³ J. E. Pacheco, *Op. cit.*, pág. 66.